

quien dió el nombre de su abuelo Daifanto, y dos hijas llamadas Protómaque y Polimetis.

Fué religioso en extremo, y se distinguió por su singular veneración á Rhea, Apolo y Pan, y quiso que la casa de su habitación, en Tébas, se hallase situada junto al templo de la misma Rhea. Su pureza de costumbres, su hospitalidad, patriotismo y mansedumbre, lo hicieron muy popular; y gozó del favor de varios príncipes, especialmente de Alejandro (hijo de Amintas I), de Macedonia, de Gerón de Siracusa, y de otros cuyas hazañas cantó. Venció en un certámen musical á Mirtis, y fué cinco veces vencido en justas poéticas, por Corina de Tanagra, que algunos afirman habia sido su maestra.

Por haber llamado á Aténas *celebérrima, espléndida, gloriosa, y baluarte de Grecia*, *Αἰπὰρὰ καὶ αἰοδιμοὶ Ἑλλάδος ἔρεισμα κλεινὰ Ἀθήναι*, lo multaron en mil dracmas los Tebanos, entónces en guerra con los Atenienses; pero éstos, al saberlo, le regalaron doble cantidad. Fué el único entre sus conciudadanos que mereció ser admitido á los sacrificios de Apolo, y participar de sus sagrados banquetes; y la sacerdotisa de Délfos le asignó, además, la mitad de las primicias ofrecidas á aquella divinidad. Tuvo una muerte plácida á los 65 ú 85 años de su edad, en una reunión sagrada (quizá las fiestas de Juno) en Argos: sus hijas trasladaron á Tébas sus restos mortales.

Los Atenienses le erigieron una estatua de bronce. Cuando los Lacedemonios tomaron á Tébas, respetaron únicamente la casa de Píndaro; y otro tanto hizo más tarde Alejandro el Grande, cuando incendió la misma ciudad.

ODAS OLÍMPICAS



ODA PRIMERA

A GERON, REY DE SIRACUSA,

VENCEDOR EN LAS CARRERAS
DE CABALLOS.

NADA hay mejor que el agua: brilla el oro
Como luciente llama en noche oscura
Entre las joyas de real tesoro.

¿No ves ¡oh Musa! en la celeste altura
Que en medio al solitario firmamento
Ninguna estrella como el sol fulgura?

Si celebrar victorias es tu intento,
A la Olímpica lid lleva tu lira;
Que otra no habrá más digna de tu acento.

Ella á los vates el cantar inspira
Del Tonante en honor; con que resuena
La augusta casa dó Geron respira;

Rey que á Sicilia (de ganados llena)
Mientras la flor de las virtudes liba,
Con cetro bienhechor rige y ordena.

La música dulcísima cultiva,
Y, brillante cantor, el arpa hiere
Con que el poeta en el festin cautiva.—

Descuelga ya del clavo que la adhiere
A la pared, la cítara de Doria
¡Oh Musa! si cantar tu númen quiere

Del Alfeo y Ferénico la gloria.
¡Noble bridon! corrió sin acicate
Y á los brazos llevó de la victoria

A su dueño, de Pisa en el combate.
¡Ah! Con razon del Rey siracusano,
Sus corceles al ver, el pecho late.

Su fama admira el pueblo fuerte y sano
Que Pélope de Lidia condujera;
A quien amó Neptuno soberano,

Despues que en la purísima caldera
Volvió á formar su cuerpo Cloto santa
Y el hombro de marfil le dió hechicera.

Mil maravillas hay; y al hombre encanta
Fábula que de bella se gloria,
Más que verdad cuya crudeza espanta.

Tal hermosura da la Poesía
Y tanta autoridad, que hace creible
Lo que ántes imposible parecía.

Mas la posteridad es infalible
Juez. Hable de los Númenes el sabio
Sin proferir jamás calumnia horrible.

¡Hijo insigne de Tántalo! el agravio
De repetir antiguas falsedades,
No te hará, no, mi reverente labio.

Cuando, correspondiendo á sus bondades
En Sípilo á banquete sin mancilla
Convidó tu buen padre á las Deidades,

El dios, cuyo tridente al ponto humilla,
Sobre sus yeguas de oro, enamorado,
Te trasportó de Olimpo á la alta silla,

Dó el tierno Ganimedes fué llevado
Por el águila, el néctar delicioso
A propinar á Jove destinado.

Buscábante con rostro congojoso
Tu madre y sus amigos por doquiera;
Mas todo en vano. Entónces envidioso

Vecino, murmuró que en la caldera
Hecho pedazos mil, en agua hirviente
Tu cuerpo sumergió venganza fiera,

Y tus miembros, en mesa irreverente
Colocaron los Dioses, su apetito
En tí cebando con horrible diente.

Yo blasfemias tamañas no repito.
¿Cómo acusar á un dios de intemperancia?
Es el murmurador siempre maldito.

Si algun mortal se vió desde la infancia
Colmado de riquezas y de honores,
Por los que habitan la celeste estancia,

Ese Tántalo fué; mas de favores
Gozar no supo su soberbia loca,
A sus débiles fuerzas superiores;

Y sobre su cabeza, enorme roca
Suspende Jove: aterrador castigo
Que á una inquietud eterna lo provoca.

Y esta vida sin techo y sin abrigo,
De la sed y del hambre los tormentos,
Y de insomnio sin fin, lleva consigo.

El néctar y ambrosía tuvo alientos
De robar á los Dioses inmortales,
Y dar como vulgares alimentos

En terreno festin, á sus iguales,
Los que inmortal lo hicieron. Loca empresa!
¿Qué se oculta á los ojos celestiales?

Por crimen tal lo arrojan de su mesa
Sus divos padres; y sobre él de muerte
La sentencia comun, de nuevo pesa.—

Su juvenil mejilla apenas vierte
La flor del primer bozo, cuando ansía
A gloriosa doncella unir su suerte;

Mas ántes de pedir á Hipodamía
Al Príncipe de Pisa, á la ribera
Del mar, va solitario en noche umbría;

Y al que en el ponto bramador impera
Con el áureo Tridente, el jóven llama;
Y el Númen de las aguas salta fuera.

“¡Neptuno (dice), si de Vénus ama
Tu ardiente pecho los preciosos dones,
Hoy tus favores sobre mí derrama.

“Ya de Enomáo, trece corazones
La lanza atravesó; de su hija el lecho
Negando á los espléndidos varones.

“Su férrea punta aparta de mi pecho;
Y á Élis volando en rápida cuadriga,
A la victoria llévame derecho.

“Aborrece el peligro y la fatiga
Imbele corazon; mas el valiente
Que de morir la certidumbre abriga,

“¿Cómo será posible que indolente,
Sin gloria y sin honor, vejez oscura
En paz inútil á aguardar se siente?

“De la victoria pende mi ventura,
Y emprenderé la lid: á mis afanes
El anhelado triunfo tú asegura.”

Dijo: y no fueron súplicas inanes.
Neptuno lo agració con carro de oro
Y alados incansables alazanes.

Ganó á Enomáo el virginal tesoro,
Que seis héroes le dió, de las fulgentes
Virtudes, gratos al celeste coro.

Y hoy día, á funerales esplendentes
Cabe su altar y túmulo, á la orilla
Concurren del Alfeo extrañas gentes.

De Pélope la prez de léjos brilla
En la Olímpica lid, de ligereza
Y de atléticas fuerzas maravilla.

¡Dichoso aquel que ciñe su cabeza
Con el lauro del triunfo! De dulzura
Vida eterna, y de paz, para él empieza.

Place al mortal felicidad que dura
Más que otro galardón. Al caballero
Cuyo bridón cual vencedor figura,

Con Eólicos himnos tejer quiero
Corona triunfal. De altos loores
Otro más digno señalar no espero.

¿Quién de los más espléndidos señores
Los corceles como él doma robusto,
O conoce del arte los primores?

Tu númen protector, ¡Geron augusto!
Con tal afán sobre tu gloria vela,
Que ordena los sucesos á tu gusto.

Que presto entonaré, tu ardor revela,
Himno más dulce á tu veloz cuadriga,
Si no te deja su eficaz tutela.

De Cronio la región, que el sol abriga,
Palabras me dará: flecha volante
Me guarda en su carcaj la musa amiga.

Es de mil modos el mortal brillante:
La régia dignidad es la suprema;
No aspire á pasar más adelante.

OLIMPICAS

Conserva hasta la muerte la diadema:
Cual la presente, espléndidas victorias
A mis cánticos den sublime tema,

Y admire Grecia por doquier mis glorias.



ODA SEGUNDA

A TERÓN, REY DE AGRIGENTO

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡HIMNOS, que de la lira
Monarcas sois y dueños!
¿Qué semidiós, qué númen,
Cuál héroe cantarémos?
De Júpiter es Pisa,
Y estableció los juegos
Olímpicos Alcides
Cuál bélico trofeo.

Hoy celebrar el triunfo
 Con voz sonora debo
 Que la veloz cuadriga
 Donó á Terón excelso,
 Varon hospitalario,
 Columna de Agrigento,
 Flor de gloriosa raza,
 Señor de vasto reino.

A esta sagrada márgen
 Trajo destino adverso
 A sus mayores, astros
 Del siciliano suelo.
 Propicia la fortuna,
 Oro y favor perpétuo,
 De ingénitas virtudes
 Les dió por justo premio.

¡Hijo de Rhea, Jove,
 Que diriges el cielo,
 Y el más alto certámen,
 Y el cristalino Alfeo!
 Por mi cantar movido,
 A sus ilustres nietos
 Conserven tus bondades
 El heredado imperio.

Mas ¡ay! justo ó injusto,
 Lo que pasó, ni el Tiempo
 A deshacer alcanza,
 Aunque de todo es dueño.
 Con mejor suerte, olvido
 Vendrá: cuando consuelo
 Manda el Hado, parece
 Del mal hasta el recuerdo.

De Cadmo, á mi discurso
 Sirven de noble ejemplo,
 Las vírgenes augustas
 Que tanto padecieron;
 Pero de las cuitadas
 Cedió el enorme duelo
 De bienes más durables
 Bajo el precioso peso.

Aunque del rayo herida,
 De Olimpo bajo el techo
 Vive Semele hermosa,
 La de gentil cabello.
 Minerva la ama siempre,
 Jove la adora tierno,
 Y su hijo (que de hiedras
 Se corona) Liéo.

OLIMPICAS

Vida inmortal de númen
 Íno en el ponto inmenso
 Lleva con las marinas
 Hijas del gran Nereo.
 El hombre de su muerte
 No sabe ni el momento,
 Ni si un día felice
 Querrá engendrarle Febo.

Las olas de la vida
 Con incesante juego,
 Ya dan prosperidades,
 Ya dolores sin cuento.
 El Hado así propicio
 Sonrió á tus abuelos,
 Haciéndolos dichosos,
 Y grandes, y opulentos.

Mas ántes la desgracia
 Manchó el hogar paterno,
 Desde el fatal Edipo
 Con homicida acero
 Atravesó á su padre
 Layo, sin conocerlo,
 El oráculo antiguo
 De Pitona cumpliendo.

ODA II

Erínis mira el crimen,
 Y en fraticida duelo
 Destruye vengativa
 Sus vástagos guerreros;
 Tersandro sobrevive
 A Polinices muerto,
 Famoso en la palestra
 Y en combates sangrientos.

Él fué de los Adrástidas
 Vengador y renuevo;
 Progenitor del grande
 Hijo de Enesidemo,
 A cuyo triunfo, cantos
 Encomiásticos debo
 Consagrar, de mi lira
 Con los sonoros ecos.

Terón en Pisa ciñe
 Su frente sola. En Delfos
 Y el Istmo, con su hermano
 Divide los trofeos
 Que á sus cuadrigas áureas
 Concede fallo recto,
 Al verlas doce veces
 Girar con raudo vuelo.

El gozo que da el triunfo
Destierra el humor negro.
Riqueza que acompaña
A la virtud y al mérito
A la victoria al hombre
Lleva por mil senderos,
Y, astro luciente, excita
Noble ambicion su fuego.

No ocúltase á quien goza
Tal bien, lo venidero:
Sabe qué penas sufren
Las almas de los muertos;
Crímenes cometidos
De Jove en el imperio,
Castiga inexorable
Un juez en el Infierno.

Cual de día, en las noches
Alumbra el sol al bueno.
¡Cuán superior su vida
Es á la del perverso!
Labrar no necesita
El ingrato terreno,
Ni atravesar los mares
En busca de sustento.

Al lado de los Dioses
Que venera el Averno,
Los que guardaron fieles
Sus santos juramentos
Sin lágrimas disfrutan
Reposo sempiterno,
Mientras al malo afligen
Terríficos tormentos.

Y á los que por tres veces
Cambiando mortal velo,
Sin pecado en el mundo
Y en el Orco vivieron,
De Júpiter les abre
El benigno decreto
Camino, de Saturno
Hasta el alcázar régio.

¡Oh, cuán bella es la isla
De los santos recreo!
La bañan perfumadas
Las brisas del Océano;
Brillan doradas flores,
Ya sobre el verde suelo,
Ya en los copudos árboles,
Ó ya del agua en medio.

Guiraldas entretejen
 Y sargas con sus pétalos,
 Con que alegres circundan
 Frente, manos y cuello,
 Los bienaventurados
 Que á aquel paraje ameno,
 De Radamanto envía
 El fallo justiciero.

Saturno, que disfruta
 El más sublime asiento
 En Olimpo, y de Rhea
 El conyugal afecto,
 Por asesor lo tiene;
 Y entrambos concedieron
 Estancia en aquella isla
 A Cadmo y á Peleo.

Allí condujo Tétis,
 Ablandando con ruegos
 El corazón de Jove,
 A Aquíles, cuyo acero
 Derribó á la columna
 Invicta de Ilion, Héctor,
 Y á Cicno, y de la Aurora
 Al vástago moreno.

Mil dardos voladores
 En el carcaj reservo
 Pendiente de mis hombros,
 Que disparar deseo;
 Pero tan sólo el sabio
 Puede entender mis versos,
 É intérpretes sufridos
 Requiere el vulgo necio.

Al cielo eleva al vate
 Su natural talento;
 Pero aquel á quien forma
 Estudio sin ingenio,
 Insoportable grazna
 Como estúpido cuervo,
 Qué al águila de Jove
 Quiere seguir rastrero.

Al blanco ¡oh Musa mia!
 Tiende el arco certero.
 ¿A quién nuestras benévolas
 Flechas dirigiremos?
 Oid los que, apuntando
 A la ínclita Agrigento,
 Entusiasmado entono
 Elogios verdaderos:

Desque, cien años hace,
Surgió de sus cimientos
La gran Ciudad, (lo juro)
No produjo su seno
Amigo más constante,
Príncipe más benéfico,
Que Terón, de varones
Generosos modelo.

Su fama excita envidia;
É ingratos turbulentos
Pretenden con maldades
Oscurecer sus hechos.
¡En vano! ¿Quién la arena
Contó del mar inmenso?
¿Ni quién narrar podría
Sus favores sin cuento?



ODA TERCERA

AL MISMO TERÓN.

Los ínclitos Gemelos
De hospitalarios, tiernos corazones,
Miren desde los cielos
Con benévolo rostro mis canciones,
Y Helena á quien adoro,
Alma beldad de cabellera de oro.

Quiero cantar la gloria
De la ciudad famosa de Agrigento,
Y la feliz victoria
Que de sus potros, émulos del viento,
La infatigable planta,
A Terón trajo, desde Olimpia santa.

La Musa bienhechora
 Me inspiró nuevo ritmo y melodía
 Con que mi voz sonora
 Pueda aplicar la Dórica armonía
 A la festiva danza,
 Del noble vencedor en alabanza.

El lauro que las crines
 De los bridones coronó, me manda
 Unir en los festines
 A las flautas y lira mi voz blanda,
 De Enesidemo al hijo
 Honrando, con celeste regocijo.

Exige mis loores
 También de Pisa la gloriosa arena,
 Dó cánticos y honores,
 (Del cielo rico don) la ley ordena
 Que estableciera Alcides,
 Para los venturosos adalides.

¡Feliz aquel valiente
 En cuyas sienas brilla la corona
 De oliva refulgente,
 Que con fallo imparcial justo le dona
 Desde el dorado sólio,
 Guardador de la ley, el juez Etólio!

Trajo de las umbrosas
 Fuentes del Istro, de Hércules la diestra,
 Sus ramas olorosas,
 Para ser, en la Olímpica palestra,
 Del combate incruento
 El más esplendoroso monumento.

A la Hiperbórea gente,
 Sierva de Apolo, la frondosa planta
 Ganó su ruego ardiente;
 Y hora de Jove á la morada santa
 Presta su sombra densa,
 Y es del valor insigne recompensa.

Los quinquenales juegos
 Del sacro Alfeo á la divina cuna
 Llamábanlo, y los fuegos
 A su Padre encendidos: ya la luna,
 Pupila de la noche,
 Llena brillaba en su dorado coche.

Ningun árbol los valles
 De Pélope Saturnio protegía;
 Y solares y calles
 Se abrasaban al sol de mediodía.
 Vinolé entónces gana
 A Alcides, de marchar á Istria lejana.

De Latona la diva
 Hija, á quien place sujetar bridones,
 Lo recibió festiva
 En las Escítias frías regiones,
 Al llegar por extrañas
 Sendas, de las Arcádicas montañas.

Los decretos paternos
 Y de Euristéo la maldad proterva,
 La de dorados cuernos
 Y á Diana consagrada, rauda cierva
 A buscar, inhumanos
 Lo enviaron á países tan lejanos.

Mientras le daba caza,
 Allá en el Norte descubrió el terreno
 De la Hiperbórea raza;
 Y el héroe se paró, de asombro lleno,
 A admirar de la fría
 Vasta comarca, la arboleda umbría.

Y le asaltó la idea
 De circundar la arena, que fogoso
 Doce veces rodea
 Con la cuadriga el potro belicoso,
 Con los verdes olivos
 Que en aquella region crecen altivos.

Y las fiestas Alcides
 Con los Hijos de Leda ahora presencia.
 En las sagradas lides,
 Al Olimpo al subir, la presidencia
 Les dió su mano amiga
 Sobre el atleta, el potro y el auriga.

A la tribu Emenida
 Y al ínclito Terón, honra sublime
 La mano agradecida
 De los claros Tindárides imprime.
 ¿Callar cómo pudiera?
 Ensalza ¡oh lira! su piedad sincera.

De los divos Jinetes
 Adornan con fervor los santuarios,
 Y sagrados banquetes
 Les ofrecen, cual nadie hospitalarios,
 Teniéndolos propicios
 Sin cesar, con solemnes sacrificios.

Si el agua es la primera
 De los cuatro elementos primordiales,
 Y si el oro supera
 En esplendor á todos los metales,
 ¿Quién disputar podría
 Al valor de Terón la primacia?

Desde Sicilia llega
A las Columnas de Hércules su nombre.
¡Musa! Tus alas plega:
Avanzar más allá no puede el hombre,
Y la barrera en vano
Pretenderá saltar, cuerdo ó insano.



ODA CUARTA

A SÁUMIS DE CAMARINA,

VENCEDOR CON LOS CABALLOS.

¡OH Jove soberano,
Que los rayos de plantas voladoras
Lanzas con fuerte mano!
Ya volvieron tus Horas
De mi canto y mi lira inspiradoras.

Como veraz testigo
De la altísima lid, su voz me envía.
Al triunfo del amigo
Se llena de alegría
El que de ser su huésped se gloria.